

**BEATO JUAN DE PALAFOX (1600-1659),
ARZOBISPO Y VIRREY DE MÉXICO, MODELO DE POLÍTICO HONRADO Y BUEN OBISPO.**



El pasado 5 de junio de 2011, después de un largo proceso, ha sido proclamado Beato Don Juan de Palafox y Mendoza en El Burgo de Osma (España). La vida del nuevo beato transcurrió entre ambos mundos del siglo XVII, la Vieja y la Nueva España, y está llena de virtudes, así como de también de detalles humanos que nos acercan al personaje.

Juan de Palafox nació el 24 de junio de 1600 en el pueblo navarro de Fitero, fruto de una unión ilícita y ocasional entre don Jaime de Palafox, Marqués de Ariza, y doña Ana de Casanate, una viuda de noble estirpe y con dos hijas. Esta última se las arregló para mantener oculto su embarazo, y al llegar el momento

del parto se retiró a los Baños de Fitero con el propósito de dar allí a luz y ocultar el nacimiento de la criatura.

Una vez nacido el pequeño, doña Ana encargó a una de sus criadas que se desembarazara de la criatura. Pedro y María Navarro, criados del marqués, lo recogieron y adoptaron como hijo suyo, por lo que los primeros años de su vida fue conocido como Juan Navarro. Palafox guardaría perpetua gratitud a su familia adoptiva. La pobreza en que creció y el contacto con las gentes humildes fue un aspecto al que sería especialmente sensible durante toda su vida.

Su madre quedó tan arrepentida de lo que había hecho que dos años después, en 1602, profesó como carmelita descalza. Dejó el mundo y todos sus bienes de fortuna, y llevó a partir de entonces una vida ejemplar en Tarazona y Zaragoza. Fue diversas veces prelada y fundadora de conventos, y murió con singular buen espíritu en el año 1638.

En 1609, don Jaime de Palafox reconoció a su hijo Juan, quien tomó los apellidos Palafox y Mendoza. Resultó ser muy inteligente y despierto. A temprana edad mostró interés por dedicarse a la carrera militar, pero, obedeciendo los deseos de su padre, se decidió por los estudios. Sus biógrafos nos dicen que estudió gramática en Tarazona, filosofía en la Universidad de Huesca, y ambos derechos en Alcalá y Salamanca. Acabados los estudios, recibió de su padre el encargo de gobernar el marquesado de Ariza, con sus siete plazas. Juan de Palafox demostró buen sentido de gobierno y se preparó para mayores responsabilidades.

Muerto su padre en febrero de 1625, asumió la tutoría de sus tres hermanastros. Meses después acudió a las Cortes de Aragón, convocadas por Felipe IV. Allí el Conde-Duque de Olivares descubrió su valía y le propuso irse a Madrid, donde fue fiscal del Consejo de Guerra, y posteriormente fiscal del Consejo de Indias. Afirma Palafox en sus escritos que durante esos años "se dio a todo género de vicios, de entretenimientos y desenfrenamiento de pasiones". Pero todo cambió en 1628. Una grave enfermedad de su hermana Lucrecia y la muerte sucesiva de dos grandes personajes le hicieron exclamar: "Mira en qué paran los deseos humanos, ambiciosos y mundanos".

La conversión fue radical. Junto a la oración y a la frecuencia de sacramentos, se impuso una durísima penitencia voluntaria, que siguió el resto de su vida, al tiempo que con infatigable vigor acometía su trabajo cotidiano. En abril de 1629 fue ordenado sacerdote, y en 1633 obtuvo en Sigüenza los grados de Licenciado y Doctor. Fue asignado capellán de María Ana de Austria, hermana de Felipe IV, a quien acompañó en varios viajes por Europa. Al final de la década fue nombrado como noveno Obispo de Puebla de los Ángeles en la Nueva España. El 27 de diciembre de 1639 tuvo lugar en Madrid la consagración episcopal, y poco después se embarcó hacia América, donde vivió nueve años, en los que su ingente capacidad de trabajo y su prudencia de gobierno tuvieron que abordar asuntos complejos y difíciles. Desempeñó el cargo de consejero del Consejo Real de Indias entre 1633 y 1653.

Se distinguió por sus esfuerzos en la protección de la población indígena de los colonizadores españoles, prohibiendo emplear cualquier método de conversión que no fuera el de la persuasión. También luchó por los derechos sociales de los nativos, en cuanto a su alimentación, vivienda, condiciones de trabajo y derecho a vacaciones. Su preocupación ardiente por la justicia y el papel del ordenamiento jurídico queda reflejada en un dictamen suyo que reza: "Las leyes que no se guardan son cuerpos muertos, atravesados en las calles, donde los magistrados tropiezan y los vasallos caen". Toda su vida estuvo profundamente sensibilizado ante la injusticia, por su convicción de que "justicia torcida no es justicia". Como político, buscó siempre la integridad y el servicio, siendo esta afirmación quizás el mejor resumen de su filosofía política: "las personas se han de buscar para los puestos y no los puestos para las personas, mirando qué sujeto conviene a aquel reino, no qué reino le conviene a aquel sujeto".

En cuanto a su ejercicio pastoral, visitó en mula hasta el último rincón del inmenso territorio, reordenó por completo la diócesis, promovió la reforma del clero secular y regular y de los conventos de monjas según las normas del Concilio de Trento, y se volcó en tareas educativas, culturales y sociales. Dedicó sus mejores esfuerzos a terminar la Catedral, que consagró el 18 de abril de 1649. También erigió numerosos colegios como el de San Pedro (para gramática, retórica y canto llano) y el de San Pablo (para grados académicos), al que dotó de una excelente biblioteca, todavía existente, hoy llamada Palafoxiana, que contaba

con cinco mil libros e instrumentos científicos de la época, que puso al servicio de toda la gente. Esta biblioteca es considerada la primera biblioteca pública del Continente Americano y la más importante de México y América, y se conserva en su lugar de origen.

Debido a la confianza depositada en su persona por la Corona española, Juan de Palafox ocupó interinamente el cargo de Virrey de Nueva España desde el 10 de junio al 23 de noviembre de 1642. Vacante la sede Metropolitana después de la muerte de D. Feliciano de la Vega, el 12 de noviembre de 1643 el cabildo eclesiástico eligió a Palafox también como nuevo Arzobispo de México, aunque él renunció a desempeñar la dignidad de dicho encargo eclesiástico.

Tuvo enfrentamientos sobre todo con los jesuitas por cuestiones de jurisdicción eclesiástica, que propiciaron que en 1649 fuera reclamado por el Rey de nuevo a España, donde fue nombrado obispo de Burgo de Osma en 1654. Allí vivió con gran austeridad y al servicio de los pobres, visitando a los enfermos y a toda su diócesis. Falleció santamente el 1 de octubre de 1659, sin poder legar a sus deudos más que los pocos objetos imprescindibles que le quedaban. El Cabildo, siguiendo las instrucciones establecidas en su testamento, le dio sepultura de limosna "por constar la pobreza con que había muerto". Dejó un rastro imperecedero, elevó notablemente el nivel espiritual de la diócesis, fue generoso hasta el extremo con los pobres, escribió numerosas pastorales y varios libros, tuvo siempre un gran desvelo por los desprotegidos y se preocupó incesantemente por la justicia.

La fama de santidad, de la que Palafox gozó ya en vida, se tradujo a su muerte en una pronta solicitud popular de beatificación. Tan insistente que sólo siete años después, en 1666, se inició el proceso canónico en Osma (España), y en 1688 en Puebla de los Ángeles (México). En esa primera fase, entre 1689 y 1694, fueron 185 las Cartas Postulatorias enviadas por Obispos y otras autoridades atestiguando la fama de santidad y milagros de que gozaba el Siervo de Dios. Es de notar que, de los 150 testigos que deponen en los procesos sobre el Obispo Palafox, 72 son sacerdotes, que hallaron en su Obispo un modelo de pastor inolvidable. En su vida se entremezcla su fecundidad como obispo, reformador, pensador, escritor, mecenas de las artes y la cultura, político, legislador y asceta. La iglesia aprobó todos sus escritos y virtudes, y el 5 de junio de 2011 finalmente ha sido beatificado en una solemne ceremonia en El Burgo de Osma.

Pablo Cirujeda